

Despedidas

Este año, 2011, que está terminando nos ha tocado despedirnos de diversas formas de amigos y figuras de la antropología peruana. Carlos Iván Degregori y Fernando Fuenzalida se fueron definitivamente. Alejandro Ortiz Rascaniere se jubiló, y apartó de esta revista que dirigió por muchos años.

Carlos Iván y Fernando no volverán a escribir sobre el Perú, pero sus trabajos serán releídos pues siguen siendo, no solo, testimonio de una época convulsa y de maneras muy diferentes de hacer antropología y desplegar un compromiso político desde la antropología, también son propuestas creativas y herramientas poderosas para la comprensión del fenómeno humano. Alejandro, felizmente, seguirá escribiendo.

Me robo ahora, como despedida, las palabras de Alejandro, atreves del homenaje que leyó en la Facultad de Ciencias Sociales Juan Javier Rivera Andía con motivo de su jubilación, y las del propio Juan Javier; porque creo que son ciertas, para Alejandro, pero también, en cierta forma, para Fernando y Carlos Iván, y los compromisos con la teoría del primero, con un nosotros diverso por construir del segundo y con los discípulos que ambos supieron motivar.

Juan Javier leyó:

La mejor forma de ser útil es saber bien algo, por amor al propio conocimiento y no por oficio. Las compensaciones que encuentra un hombre así son siempre de adentro para afuera y no le coserán medallas o condecoraciones... (Ortiz Rascaniere, A. (ed.) José María Arguedas. Recuerdos de una amistad. 1996, p. 265).

Escribiendo estas líneas, me pregunté qué aprendió, en resumen, aquel

muchacho de Carabayllo con mal carácter; esto es, qué creo que es lo fundamental que un profesor como Alejandro Ortiz Rescaniere habría mostrado a los alumnos de mi generación, a los estudiantes que tuvo en sus aulas desde fines de los noventa. En lo que a mí respecta, aprendí de él un cierto interés y respeto por la inteligencia, un cierto interés y respeto por la etnografía, y una cierta desconfianza e irreverencia hacia las teorías de moda, hacia, como alguna vez lo dijo él, sus “muletas” y “amuletos”. Y obtuve, además, una cierta convicción de un cierto íntimo vínculo entre la antropología y el arte. En suma, como joven antropólogo, la obra, primero, y, luego, el diálogo, con nuestro profesor, me mostraron un camino; y además me dieron el aliento para emprenderlo, dentro y fuera del Perú.” (Carta para Jóvenes Antropólogos, Fundo Pando, 2011)

Cecilia Rivera